

S. HERNANDEZ LITOG.

LIT. DE H. IRIARTE.

JOSE ANTONIO ALZATE

D. FRANCISCO EDUARDO TRESGUERRAS.

CONTRA nuestra costumbre comenzamos este artículo señalando la fecha del nacimiento del célebre mexicano cuya biografía hacemos. D. Francisco Eduardo de Tresguerras nació en Celaya el día 13 de Mayo de 1745; fué educado con esmero, y debido á un viaje que hizo á México dejó de ser fraile, acontecimiento que celebra con su gracia habitual el mismo Tresguerras, diciendo que Dios, demasiado misericordioso, le frustró el logro de tan original inclinación.

En la antigua Tenochtitlan, D. Francisco se dedicó al dibujo, en cuyo aprendizaje—el mismo arquitecto lo dice—estuvo absorto mas de un año; volvió á su tierra (Celaya) en donde se dedicó á la pintura, pero á esa pintura “encantadora y dulcísima,” segun sus expresiones; á ese arte delicio-

so que tantas glorias, ha creado y formado tantos hombres ilustres.

Algun extranjero inteligente ha dicho que Tresguerras es el Miguel Angel de México, y á fé que aquel no carece de razon, sobre todo si se considera que el hijo de Celaya debió todo á su inclinacion, á su génio. Sin escuela siquiera en las difíciles artes que abrazó; sin conocer ningun país cuyos edificios, cuyo gusto artístico hubieran podido formar de él el discípulo primero y despues el maestro de un sistema nuevo, de una arquitectura enteramente original, Tresguerras nos ha dejado inapreciables monumentos de su génio superior. Conocemos el templo del Cármen de Celaya, el teatro de Alarcon de San Luis Potosí, el puente de la Laja y otros edificios construidos por el mismo Tresguerras en Querétaro y Guanajuato.

Raro ha de ser el viajero que al pasar por Celaya no se fije en el templo á que arriba nos referimos y en las pinturas que en su recinto encierra, obra tambien del famoso arquitecto, quien, segun se asegura, era al mismo tiempo poeta. Tresguerras se dedicaba á todo y todo podia hacer, prueba evidente de sus felicísimas disposiciones.

Como nos proponemos concluir este ligero artículo con uno escrito por el hombre cuya biografía hacemos, nos parece que antes debemos referir algunos hechos que revelan el carácter del individuo, no solo en lo que á las artes se refiere, sino en lo que tiene relacion con el personaje en su vida política y social. Sus sacrificios, sus pesares, sus amarguras de grande artista, él los refiere con ese estilo de duda y de sarcasmo que lo caracterizó siempre, y á nosotros nos toca solamente hacer referencia á otros signos tambien característicos—si podemos expresarnos así—del célebre mexicano que nos ocupa.

Mas de sesenta años tenia Tresguerras cuando estalló la revolucion gloriosa de la independencia, y se declaró apasionado de ella. No tomó las armas; sus muchos años quizá se lo impidieron; pero era el propagador de los principios su-

blimes que esa misma revolucion proclamaba. Tuvo el gusto de ver libre á su patria, y entonces alzó un himno al cielo, hizo una composicion poética que por desgracia no nos hemos procurado á pesar de nuestros esfuerzos para conseguirla.

Junto al templo de San Francisco construyó Tresguerras una capilla con el exclusivo objeto de ser enterrado en ella despues de su muerte. La víspera de morir decia con la mayor tranquilidad á un amigo que lo detenia:

—La muerte nos persigue con una perseverancia ejemplar, y por lo que á mí hace, tengo que vivir muy pocas horas.

—No se preocupe usted.

—Amigo, no tengo tiempo para platicar con usted. Adios.

Esto pasaba el dia 2 de Agosto de 1833: al dia siguiente moria Tresguerras á la edad de ochenta y ocho años, arrebatado de entre nosotros por el cólera morbo.

En medio de la plaza principal de Celaya, y precisamente frente á la casa municipal, se eleva una columna y sobre esta un águila, obras ambas de Tresguerras. La segunda es una obra—repetiremos la palabra—muy bien acabada, solo que el autor de aquella hizo que el animal volviera hácia atrás la cabeza.

—¿Qué te propones con eso? le preguntaron sus amigos.

—Pienso—contestó Tresguerras—que el águila mexicana, símbolo de nuestra independencia, no debe ver las barbaridades que cometan nuestros munícipes.

—Cómo se vive mejor? le preguntaban.

—Siendo socarron y picaresco, como yo. Esto vale un dineral. El mundo es viejo, pero nada aprende: aprendemos mas los que como yo conocemos á este pícaro viejo.

Se nos pasaba decir que Tresguerras era músico. Cerca de Celaya existe una finca de campo, llamada Romerillo. A ella iba por las tardes el arquitecto, poeta y pintor, pié á tierra, con un baston, una capa al hombro, un perro tras de sí, á quien llamaba su compañero, y en esta peregrinacion

casi diaria, en la actitud dicha y con el entusiasmo propio de su alma, arrancaba sonidos deliciosos á una flauta.

Nos parece que con los anteriores apuntes damos á conocer al artista, honra de México; pero como lo hemos ofrecido, tenemos que concluir con lo que el mismo Tresguerras dice de sí, á fin de que los que aman verdaderamente los géneos del país, las glorias de la república, tributen un homenaje de veneracion y respeto al hombre que en las siguientes líneas hace su propia biografía con un acierto de que nosotros estamos muy distantes:

“Me crié con Nebrija y los vates, el trompo y los papelotes, y no podia entonces definirse mi eleccion entre las travesuras y los estudios; pero yo siempre me incliné al dibujo; esta inclinacion nació conmigo; me es propia.

“Cumplí quince años y mis estudios; quise ser fraile, y Dios, demasiado misericordioso, lo frustró, por un viaje que hice á México, y donde á esfuerzos de mi inclinacion abandoné las letras y me entregué al dibujo; estuve como un año absorto en tanta hermosa doctrina; volví á mi patria, y traté de casarme: me estaba amonestando cuando los frailes querian reconvenirme con mi antigua pretension; creian virtud en mí lo que en realidad era mogigatez y poco mundo. Valga esta sincera confesion mia, sí, porque muy piadoso, Dios, evitó mi inadvertida pretension, y me ahorré de unos cargos que, insoportables á mi génio ó inclinaciones, me hubieran prestado el papel mas disipado y delincuente.

“Vea usted mi retrato muy al vivo, y casi por de dentro y por de fuera.

“Sobre ya casado, me dediqué á la noble arte de la pintura, á la suave y dulcísima pintura; pero ¡qué dolor! nada medraba con las producciones mas difíciles y graciosas de esta arte encantadora; un estudio que exponia al público de raro pensamiento, magisterial ejecucion, estilo hechicero, dibujo corregido, y en todo de un muy regular mérito, se miraba con indiferencia; ni podían mis deseos encontrar con un conocedor; mas luego que embarraba un coche de verde y co-

lorado, que brillaba el oro de sus tallas, que campeaban unos mamarrachos á modo de monos, que se manipulaba el maque, el barniz y otras sandeces de esta clase, entonces, amigo mio, llovian admiraciones y elogios, y yo tenia que arrinconar mis grandes estudios ó papeles, y debia, coincidiendo con tanto ignorante, sacrificar la razon y el buen gusto en obsequio de tanta y casi universal estupidez.

“Enfadado ya, quise juntar la música á mi ocupacion; me disipaba y me exponia infinito; no convenia con mi educacion. Fuí grabador una temporada, carpintero y tallista otra; agrimensor algunas veces, y siempre vacilando, dí de hocicos en lo de arquitecto, estimulado de ver que cualquiera lo es con solo quererlo ser. Para esto se requiere solo aprender una jerga de disparates como la de los médicos, babosear cualquier autor de arquitectura de tantos como hay, en particular las escalas de Viñola, hablar muy hueco jerigonzas de ángulos, áreas, tangentes, curvas, segmentos, dobelas, imoescapos, etc.; pero con cautela, siempre delante de mujeres, cajeros y otros que no los entiendan; despues entra el ponderar unas obras, echar por tierra otras, hablar mal de los sugetos, abrogarse mil aciertos y decidir magisterialmente, y hételo ya *Arquitecte* hecho y derecho.

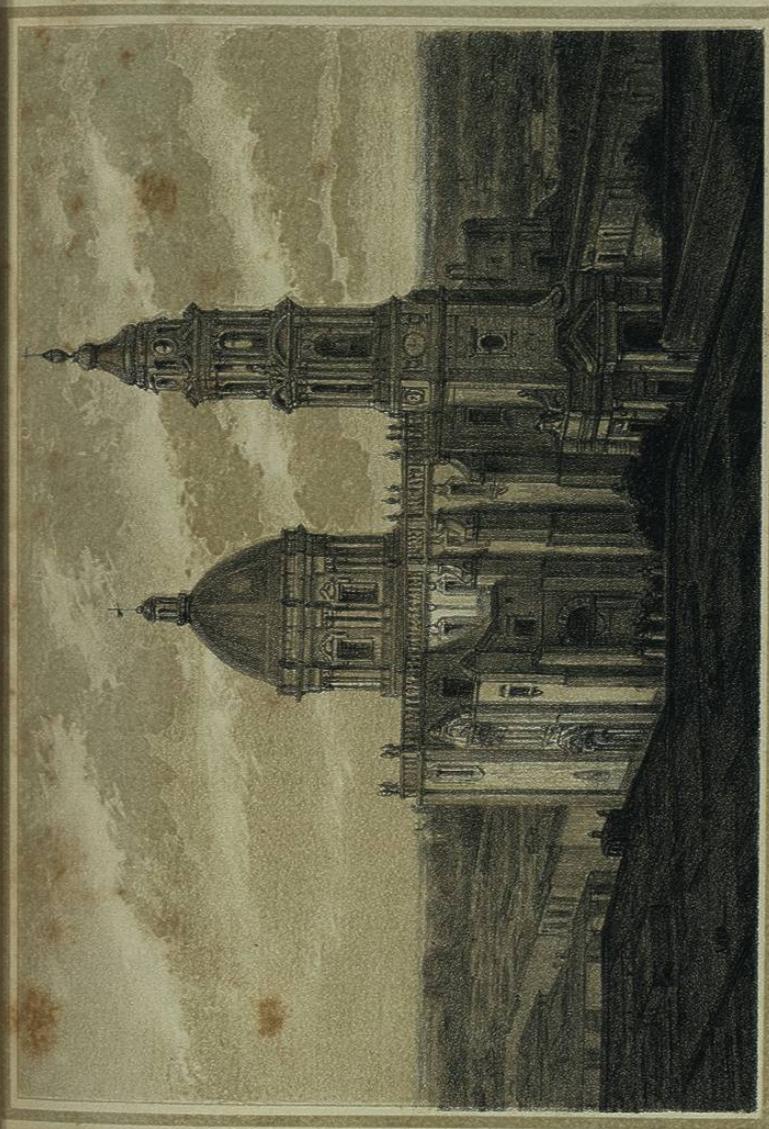
“Así es Paz, que ha llenado á Querétaro de monumentos ridículos, y así son varios de *chupa-larga* que giran errantes por estos lugares. Luego yo, dije á mi sayo, luego puedo entrar en corro con tanto *Seor arquitecte?* Saqué á las tablas mis pocos estudios, mis experiencias, mi buen dibujo y otras baratijas que me adornan; y, lo que es del caso, los asocié con el engaño y alucinamiento ó tontería de los marchantes, y me hallé capaz de desempeñar el papel de *arquitecte*, á ciencia y paciencia de griegos y romanos, vándalos y suecos.

“Ya soy arquitecto, amigo mio, á pesar de follones y malandrines; la academia me conoce por su discípulo, y me ha licenciado para cualesquiera obras, y yo las he ejecutado hasta ahora con facilidad, no debido á mi pericia, pero sí á mi fortuna; se me ha negado el fungir, no cabe en mi inge-

nidad; y se me dió la obra del Cármen, y me he continuado por el padre que ahora es obispo: á este santo religioso le caí en gracia; es vizeaino, y me valió que lo fuese; no pudieron apearlo del juicio que de mi tal cual habilidad formó, las cartas de empeño por Zapari, por Garcia, por Ortiz, arquitectos de chupa-larga. ¿Cree usted tal porquería? Pues es evidentísima: me confiaron sus cartas, y es ocioso decir que Paz tambien echó sus empeños, porque ese es su estilo.

“Aunque me he difundido algo impertinente, ya voy á responder á usted. Estas obras, ruidosas y solicitadas, como siempre piden de por sí mucho dinero, aquí es el sumo negocio que hacen sus directores; creen de mí bastante interes (y se engañan) particular de ellas, y de aquí las hablillas, las sátiras y la envidia: no envidian el arte, no; se pudren por el acomodo; mas ya todos están conocidos: Zapari ¡cuán demasiado! Ortiz echado con desaire de la obra de las Teresas en Querétaro; Garcia acabó con la vida, y Paz denigrado por sus obras, tanto en las de su proceder como en las materiales. Pues yo, con rivales entrometidos y aduladores, ¿cómo no he de ser cortado? Y por mis obrillas en varios lugares ejecutadas con algun acierto, y disfrutando en su manípulo las mayores confianzas en muchos miles de pesos, ¿cómo no he de ser envidiado? Agradezca usted á la envidia sus esfuerzos contra mí, pues fuera muy desgraciado si no fuera envidiado; algo me donó, y en mucho me singularizó la naturaleza (Dios debemos decir), pues me envidian; yo me contento.

“El que dijo á usted que mi iglesia se parecia al interior del templo de Santa Genoveva, mintió grandemente, porque es total su diferencia, y solo coinciden en ser ambas de órden corintio, y en este caso será idéntica al Vaticano, San Pablo de Londres, que son del mismo órden, y otras muchas fábricas; tengo estos papeles, y podré refregárselos al que lo dudare. El que un extranjero dijese que se parecia á no sé qué templo de España, pudo ser; mas no hubo tal cosa con el Sr. Humboldt, prusiano protestante con quien concurri,



LIT. DE N. IRIARTE.

EL CARMEN DE CELAYA.
(Construido por Tres-Guerras)

ni la obra estaba entonces en tal disposicion que pudiese compararla. Que el mapa vino de Roma, es una célebre mentira; tengo en casa el que ejecuté, y podrá verlo quien lo dude; y verá los de los altares, y algunos otros solo delineados, y verá mas si quisiere, que echo yo mapas de cualquier asunto uno por cada dedo, porque (en paz sea dicho) estoy dotado de una invencion y fantasía fecundísimas, y gozo de unas fuentes en mis libros y papeles que iluminan prodigiosamente, y á la prueba me remito.

“No he tenido cuestion alguna con artista, grande ni chica; huyo de fungir, y es menester que me señalen con el dedo los que me conocen para los extraños, y digan: *aquel es*; pues de no, me confundo entre los espectadores ó mirones; soy mogigato de primera, y por otra parte, jamas crea usted que yo pueda callar hablando de las bellas artes; en ellas es mi afluencia inagotable; tengo buen gusto (me atrevo á asegurarlo); he leído alguna cosa, y ya dije que era un crítico ciego, sectario del gran D. Antonio Pons, y muy amigo de razones; jamas censuraré yo una obra sin dar convincentes pruebas de por qué me parece mal; no me aparto de la naturaleza y principios, y busco la verdad á todo costo; y si no, que me toquen con formalidad, con crianza, y lo que es mas, con la razon, y verán de bulto mi ingenuidad; mas si es esto con charlatanería, guárdense, amigo, porque protesto que me sé sacudir como el que mas; por tanto, la tal cuestion téngala por de nombre, y por una mera invencion satírica y abribonada.

“Dé usted de barato que mi obra se parezca á esta ó la otra, ¿parece á usted poco mérito el acertar en la ejecucion, verificándola sin capataces, monteadores, ni otras pataratas que agregan los que solo se atienen á los oficiales? Pues yo he montado desde la primera hasta la última pieza; todas son de mi invencion, aunque siguiendo las huellas del antiguo, sus reglas, proporciones y demas ápices ó finuras; he enseñado una porcion de monteros, dulceros, carpinteros y lo que usted quisiere, á canteros, y solo yo doy guerra á 60

oficiales, fuera de 25 albañiles, los talladores, escultores, doradores y otros muchos artesanos que se emplean en la obra del Carmen, una casa muy grande que estoy acabando, el Puente, y otras obrillas, como el meson, la casa de D. José Múgica; me sobra tiempo para otras menudencias, y todo lo ejecuto con cierto aire socarron y picaresco, que vale un dineral.”

AGUSTIN R. GONZALEZ.